

ESTUDIO

INTRODUCCION

No en balde han transcurrido cuatro siglos y cuatro décadas desde que los castellanos, en diversas expediciones, pisaron suelo de Anáhuac; no en balde lucharon los antepasados indígenas defendiendo sus tierras y su cultura al aparecer otros hombres y otras costumbres; no en balde tampoco combatieron los descubridores, conquistadores y colonos que afloraron a las costas de Yucatán al mando o seguimiento de los Grijalva, Narváez o Cortés, y no en balde, por último, se ha deslizado el tiempo implacable haciendo caer al polvo los arrestos de los intrépidos soldados junto con las ambiciones, intrigas y desmanes de los encomenderos, letrados y hombres de política. No en balde, porque al fin surgieron veinte naciones, matizadas por el color y por el sentimiento de los diversos ingredientes humanos puestos a fundir en el inmenso crisol de un Continente al par ubérrimo y estéril, al par generoso y reconcentrado.

Al transcurrir este lapso los heroísmos del siglo XVI se han esfumado y fundido en la leyenda, las utopías de algunos organizadores insignes han cuajado, y la voluntad de los más ha llevado a México y a sus hermanos de América, por un carril ascendente que hace palpar la similitud de destinos de todos estos países, así como la afinidad de caracteres con la madre común, diversificados sólo por la latitud, pero unidos en los anhelos y en la meta por alcanzar.

Toda esta matización aflora en las artes y en las ciencias americanas, pero aún más y con más subidos quilates en aquellas manifestaciones colectivas que llamamos folklore o sea la cultura tradicional de los pueblos.

En ese aspecto el México prehispánico ofrecía una diversidad impresionante de culturas poseídas por individuos procedentes de muy lejanas regiones de la tierra, llegados mediante la migración. México aparecía como centro de todas aquellas que habían pasado por su territorio, y al recibir de los peninsulares hispánicos una nueva forma,

aceptó, de hecho, todo el complejo europeo y asiático de que España era depositaria en el siglo XVI. Tres siglos de vida colonial marcaron una impronta indeleble, y a ciento veintitantos años de distancia de nuestra emancipación política, pero siempre en contacto ininterrumpido con la cultura hispánica, nuestras manifestaciones folklóricas se hallan fuertemente saturadas de ella, al grado de que aun en grupos refractarios de tremenda raigambre indígena, se echa de ver la infiltración peninsular.

Puede decirse con justicia que los esfuerzos de los civilizadores no fueron inútiles ni cayeron en tierra estéril; por el contrario, las huellas hispánicas pueden seguirse paso a paso, y aun los negadores sistemáticos van reconociendo la labor de España en América. Por mi parte, en estas pocas páginas que ofrezco a la curiosidad de quienes sientan amor por México y sus actuales manifestaciones, solamente mostraré un leve trasunto a través de la música folklórica que, por serlo, entregará uno de los aspectos más seductores o sea el que florece en las canciones.

No es mi propósito en este trabajo poner de manifiesto todas las facetas de nuestra cultura mestiza, ni siquiera una visión más o menos detallada; tendré que concretarme a un forzado y breve resumen, ya que un estudio completo entregaría un volumen de muchas páginas.

Tiene razón uno de nuestros musicólogos quien se expresó diciéndome que solamente a base de monografías específicas se podría abordar seriamente el estudio de la música de México. Es verdad, se hace necesario emprender una por cada tema, o bien una por cada género musical.

Desarrollo histórico de la música tradicional de México.

No hablemos de las raíces o de los orígenes remotos del arte lírico de nuestro pueblo, porque sería adentrarnos en la antigüedad del Asia o de la Europa. Hablemos de los antecedentes inmediatos en ambas direcciones, y comenzaremos a vislumbrar las fuentes de donde parte el río de nuestra cultura musical, que abarca cinco siglos.

No hablemos de nuestros otómicos, ulmeccas o mexicas, peregrinando a lo largo del territorio en busca de tierras fértiles o lugares defendidos. No hablemos de nuestros toochichimeccas nómadas en tierras de nopales y biznagas, reuniéndose al atardecer alrededor de un fuego acogedor, sino de los principales grupos étnicos ya establecidos en su hábitat, en ciudades construídas con pirámides, yácatas o templos, con teocracia organizada, adorando a númenes, con sacerdocio de sabiduría esotérica; con ejércitos numerosos; con ceremonias, fiestas y danzas; con clases sociales bien definidas y con una vida exuberante aunque con